

guntaremos: ¿cómo es que los Griegos no echaron de ver que había utilidad para ellos en ser humanos? ¿Consistirá en que el sentido de la humanidad no estaba bastante desarrollado en ellos? Y si Jenofonte ve también las ventajas de la clemencia, ¿no consistirá en que siente su corazón moverse á compasión por las desgracias de sus semejantes? El rey de los Lidios había caído en poder de los Persas; Ciro lo hace conducir á su presencia. En cuanto Creso ve á su vencedor, exclama: «Yo te saludo, mi señor, porque la fortuna te ha concedido este título desde hoy, y me obliga á dártelo.» — «Yo te saludo también, le respondió Ciro, porque eres un hombre lo mismo que yo» (1). Conmovido por la situación del rey cautivo, le devolvió su mujer, sus hijas, sus amigos, sus servidores; únicamente le prohibió la guerra (2). ¡Qué inmensa distancia entre los sentimientos de Jenofonte y los hechos que pasaban á su vista! Los generales de Atenas, ahogados en Siracusa por los Griegos mismos; los prisioneros atenienses, condenados á muerte en Egos-Potamos como criminales, al paso que Ciro respeta y honra en el enemigo vencido la cualidad de hombre! ¿No parece que se encuentra uno en otra edad, en medio de la civilización moderna? La humanidad de Jenofonte no es todavía más que un ideal; pero llegará tiempo en que el ideal se realice, en que los hombres no solamente respetarán en el enemigo la cualidad de hombre, sino que le amarán como á su hermano.

(1) XENOPH., VII, 2, 9, 10.

(2) IBID., VII, 2, 26.

CAPITULO V.

LOS ORADORES.

§ 1. — Isócrates.

En los tiempos de decadencia intelectual se desdeña la filosofía como una especulación ociosa que no tiene influencia alguna sobre el destino de los hombres. La Grecia desmiente rotundamente ese degradante materialismo, demostrando que las ideas gobiernan el mundo (1). Las doctrinas de los filósofos, emanación del espíritu helénico, reobraron sobre todas las manifestaciones de la vida nacional. La historia se inspiró en ellas: Jenofonte dedujo de las lecciones de su maestro una nueva teoría del derecho de guerra. Eurípides, discípulo de Anaxágoras, enseñó en el teatro una moral superior á la del paganismo. Había una tribuna más poderosa en donde se decidían los intereses de Atenas y la Grecia entera. Oirémos á Demóstenes, imbuido en la filosofía de Platon, aplicar el ideal de lo justo y de lo injusto á las relaciones internacionales. Otro orador fué discípulo de Sócrates; el sabio adivinó el genio de Isócrates; veía en los ensayos del jóven un carácter más elevado que en los discursos de sus rivales; le predijo que «no solamente eclipsaría como á niños á los que se habían ensayado en su arte, sino que una divina inspiración le arrastraría á mayores co-

(1) «Nichts ist durch den Geist in das Menschheitleben eingetreten, was nicht zuvor und zugleich in wissenschaftlicher Erkenntniss da gewesen» (KRAUSE, Das Urbild der Menschheit, p. 334).

sas, porque la naturaleza habia puesto en él el amor de la sabiduría» (1). Esta inclinacion de espíritu fué favorecida en Isócrates por una incapacidad natural para la vida práctica. Confesaba que no tenía valor para ponerse en medio de las agitaciones populares; no tenía ni aún la fuerza necesaria para dominar á una asamblea tempestuosa, le faltaba la voz; pero el orador se decia con justo orgullo que, aunque impotente para dirigir el Estado, no cedía á nadie en la pureza y nobleza de los sentimientos. Aún cuando se le negase la accion, no por eso renunciaba á ser útil á su patria, y á la Grecia por sus consejos (2). La mision de Isócrates era, pues, bien diferente de la de Demóstenes. Éste, mezclado en el movimiento de las grandes luchas que decidieron de la suerte de la Grecia, combatió cuerpo á cuerpo al poder macedonio. Isócrates, alejado de la vida pública, juzgó á los hombres y los acontecimientos como filósofo; aún siendo Ateniese, vió que los intereses de todos los Griegos eran solidarios; trató de reunir en una obra comun las repúblicas rivales y su terrible adversario el rey de Macedonia.

Isócrates sentia profundamente la necesidad que tenían los Griegos de unirse para ser fuertes, ó más bien para librarse de una decadencia que sus funestas discordias hacían inminente. Pero ¿cómo conseguir esta union? Los Griegos la habian buscado instintivamente en la hegemonía. Esparta, Atenas y Tébas trataron á su vez de imponer su dominacion á la Grecia, pero en lugar de darle la unidad la cubrieron de sangre y de ruinas. Isócrates creyó ver el origen del mal que arruinaba á su patria en estas tentativas ambiciosas, é hizo de ellas una viva crítica. Parte de los principios enseñados por Sócrates y desenvueltos tan poderosamente por Platon; no ignora que los sofistas predicán la injusticia, pero rechaza sus paradojas como indignas de seres dotados de razon (3). La justicia pide que cada cual respete el derecho de los demas; las repúblicas que se arrogaron la hegemonía violaron esta máxima eternamente verdadera, destruyendo la independencía de-

(1) PLATON, *Phædr.*, fine.

(2) ISOCRAT., *Philipp.*, § 81, 82 (p. 98, C, D).

(3) IBID., *de Pace*, §§ 31-35 (p. 165, C-E; p. 166, A, B).

las ciudades griegas, que tienen todas el mismo título para la libertad (1). La idea de justicia, aplicada á las relaciones internacionales, contiene en gérmen un nuevo derecho de gentes: aún cuando el orador no alcanza todas las consecuencias de su doctrina, sin embargo le inspira consideraciones que nos admira encontrar en un autor antiguo. Embriagados los Atenieses por su éxito, soñaron con la conquista de la Italia y de Cartago; emprendieron la desgraciada expedicion de Sicilia, sin que se elevase ni una sola voz para mostrar su injusticia; únicamente los filósofos la reprobaron como un atentado á la independencía de las ciudades sicilianas (2). Atenas profesó abiertamente el derecho del más fuerte. Isócrates estableció la igualdad como base de la política: «Los poderosos deben portarse respecto de los débiles, como quisieran que se portasen con ellos (3). El orador presiente el papel que la Providencia asigna á la superioridad de fuerza ó de inteligencia: imponé deberes, no da privilegios. Que las repúblicas considerables, dice, protejan á las otras y sean las guardadoras de la libertad general; entónces ejercerán el único imperio legítimo, el que se funda en el reconocimiento voluntario (4). ¡Qué distancia entre el ideal de Isócrates y la hegemonía de Atenas y de Esparta! La tiranía, añade el orador, es funesta á los mismos tiranos (5), tanto como á sus víctimas: la dominacion, objeto de tantos afanes y combates, ha llegado á ser la fuente de los más grandes males para las dos ciudades rivales, y las ha conducido casi á su ruina (6).

Bajo el punto de vista del derecho abstracto, es justa la crítica de Isócrates. La igualdad debe regir tanto las relaciones de los estados como las de los hombres; ahora bien, la hegemonía de Esparta y de Atenas era el derecho del más fuerte, y produjo todos los abusos que nacen de la violencia. Sin embargo, la historia ha sido ménos severa que el orador ateniense; ha tenido en cuen-

(1) ISOCRAT., § 26 (p. 164, C); §§ 67, 68 (p. 172, D, E); § 69 (p. 173, A).

(2) IBID., § 84 (p. 175, E).

(3) IBID., *Nicoocl.*, § 24 (p. 19, D).

(4) *De pace*, §§ 136-138, 140 (p. 186, C, D; p. 187, A).

(5) *De pace*, § 142 y sig. (p. 187, C, D).

(6) ISOCRAT., *De pace*, §§ 94, 105 (p. 178, B; 180, D).

ta la necesidad de las circunstancias. La hegemonía salvó á los Griegos del yugo de Asia. Si despues la ambicion alteró las relaciones de Atenas y de sus aliados, preciso es acusar al espíritu general de la antigüedad, que no reconocia derecho entre las naciones. Lo que prueba cuán fatal era la hegemonía es que Isócrates, aún queriendo dar unidad á los Griegos, no sabe sobre qué base fundarla. No ve más que un medio de reunirlos; el odio de los Bárbaros, una guerra nacional contra los Persas (1). Con este objeto escribió uno de sus más bellos discursos, el *Panegírico*, que pronunció en los juegos de Olimpia (2): « Los Griegos, dice el orador, emplean las fuerzas que les quedan en incesantes discordias; sus pacés no son más que treguas que aplazan las hostilidades, pero no las terminan: la guerra contra los Bárbaros puede únicamente establecer entre ellos una concordia duradera, uniendo sus esfuerzos contra el enemigo comun (3). Esta guerra es justa: ¿no son los Bárbaros los enemigos natos de la Grecia? ¿No han tratado de reducirla á esclavitud? ¿Han cesado de desgarrarla por la corrupcion y la intriga? (4). La victoria es cierta. La expedicion de Agesilao y la retirada de los diez mil han revelado la impotencia del imperio persa; las sublevaciones diarias de las provincias prueban que está en plena decadencia; los Griegos serán sus dueños en cuanto lo quieran (5). ¿Cuál debe ser, pues, el objeto de los hombres colocados á la cabeza de las repúblicas? El de poner fin á las disensiones que dividen á los Helenos. El Asia es el campo de batalla, donde les espera una gloria inmortal» (6).

La guerra contra los Persas era providencial, pero no debía tener lugar por la union voluntaria de los Griegos. Isócrates en su vejez presintió el papel que estaba reservado en esta obra á la Macedonia. Habia exhortado en vano á las repúblicas á que depusiesen sus enemistades; su patriotismo no tenía ya ni aún la fuerza

(1) ISOCRAT., *Philipp.*, § 130 (p. 108, D).

(2) PHILOSTRAT., *de Vita sophist.*, I, 17, 2.—ISOCRAT., *Panegy.*, § 3 (página 41, B).

(3) ISOCRAT., *Panegy.*, §§ 172-174 (p. 76, D, E; 77, A, B).

(4) IBID., §§ 183, 184, 186 (p. 79, C).

(5) IBID., §§ 144-149 (p. 70, D, E; p. 71); §§ 160-162 (p. 74, C-E).

(6) IBID., *Paneg.*, § 183 (p. 80, C); §§ 16, 17, 19 (p. 44, A-C); § 185 (p. 80, A).

del odio. Los pocos, que aún estaban animados por el amor de la patria, desdénaban al Gran Rey como un enemigo impotente; veian formarse próxima á la Grecia una monarquía que amenazaba destruir la libertad é independencia que aún quedaba á las ciudades helénicas; Demóstenes excitaba á los Griegos contra los Bárbaros del Norte. Isócrates ve mejor la mision de Filipo, aún cuando se forje una ilusion respecto de los medios de conseguir el objeto. Aquí se revela la debilidad del filósofo, extraño á las dificultades reales de la vida. La union de los Helenos es siempre el sueño del orador; el rey de Macedonia debe realizarla y ponerse en seguida á su cabeza para conquistar el Asia. Pero ¿de qué manera establecerá la armonía entre poblaciones que han nacido divididas? Por medio de la persuasion (1). El consejo es digno del abate de Saint-Pierre. No seguiremos al orador en sus consideraciones acerca de la posibilidad de esta concordia; los hechos le han desmentido demasiado rotundamente. Solamente la fuerza podia poner fin á las divisiones de los Griegos; Alejandro mismo se vió precisado á usarla para vencer su resistencia. Era ímproba tarea la de imponer la unidad á la Grecia; Filipo no reparó en los medios. Isócrates, recordándole la gloria de Hércules, de quien el rey se decia descendiente, le invitaba á comprender en su afecion á todos los Helenos, y á granjearse su amor por medio de beneficios; se resistia á creer que pensara en destruir su independencia (2). La batalla de Queronea destruyó aquellas ilusiones. Isócrates no quiso sobrevivir á la libertad de su patria; se dejó morir de hambre (3).

¿Quiere esto decir que fueron estériles los esfuerzos del orador ateniense? Una tradicion conservada por un escritor griego atribuye á Isócrates la causa de la guerra que los Macedonios hicieron á los Persas (4). Prueba inequívoca de la profunda impresion que sus discursos dejaron en los espíritus. La voz de Isócrates no estaba aislada. Cuando se acerca una gran revolucion, los hom-

(1) *Philipp.*, § 16 (p. 85, C).

(2) *Ibid.*, § 127 (p. 108, A); § 145 (p. 111, D); § 73-78 (p. 97).

(3) PHILOSTRATO dice con razon que Isócrates debe ser contado entre los muertos sobre el campo de batalla (*de Vita sophist.*, I, 17, 4).

(4) AELIAN., V. H., XIII, 11.

bres se sienten agitados por vagas aspiraciones, presienten el porvenir, aun cuando no vislumbren el fin que la Providencia se propone. Esto sucedió á la Grecia poco ántes del advenimiento de Alejandro. Desde la época de las guerras médicas acariciaban los Griegos la idea de una expedicion nacional contra los Persas; esta idea tomó más consistencia en el momento en que estaba próxima á realizarse. Los órganos de la opinion dominante, los sofistas, predicaron la guerra contra los Bárbaros en las solemnes reuniones de los juegos olímpicos. Isócrates se consagró por completo á aquella propaganda; contribuyó, en la medida de sus fuerzas á preparar el camino á Alejandro. Mision gloriosa, porque las conquistas del héroe macedónico se enlazan con los más altos destinos de la humanidad.

El papel de Isócrates, que nosotros consideramos como una gloria del orador ateniense, ha sido rebajado por un célebre historiador como propio de un necio (1). No vamos á defender al discípulo predilecto de Sócrates, al orador elogiado por Platon, contra la acusacion de necedad, pero la acusacion de Niebuhr, aparte de lo aventurado de la forma, suscita una cuestion grave. Isócrates no encuentra salvacion para la Grecia más que en la guerra contra los Persas, al paso que Demóstenes concita sin cesar á los Griegos contra Filipo y Alejandro. ¿Cuál de los dos oradores acertaba? Cada uno de ellos ha visto una parte de la verdad. Demóstenes, como verdadero Heleno, lo cifraba todo en la independencia y en la libertad interior de las ciudades griegas. Bajo este punto de vista, el rey de Macedonia era enemigo de la Grecia, y el Gran Rey era su aliado. Isócrates creia que la guerra contra los Bárbaros era una panacea para los males de la Grecia. En esto se ha equivocado. ¿Quiere esto decir que Niebuhr tiene razon para considerarle como un viejo que chochea? Él mismo nos dice que la guerra contra los Persas era una aspiracion popular, cuyo órgano era Isócrates. ¿Quién se atreverá á negar que la voz del pueblo en aquel momento solemne fuese la voz de Dios? La mision de la Grecia la llamaba al Asia. Isócrates tenia el presentimiento de aquella necesidad providencial. Dicho esto, confesamos

(1) NIEBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, t. II, p. 365.

que se engañó respecto de los reyes de Macedonia, pero expió su error con el sacrificio voluntario de su vida. ¿Son éstos hechos propios de un necio hablador?

§ II.—Demóstenes.

Los individuos y las naciones se encuentran algunas veces en oposicion con el fin que la Providencia se propone y que casi siempre es un secreto aun para aquellos mismos escogidos como sus órganos. Cuando más tarde la posteridad viene á reconocer la ley providencial de los sucesos, condenará á los que ignorando los designios de Dios han empleado todos sus esfuerzos para llevar á la humanidad por diferente camino? Semejante juicio sería contrario á la idea que la conciencia humana se ha formado siempre de la justicia. Un hombre, un pueblo, ¿han obrado segun las prescripciones de lo justo, de lo bueno? La respuesta á esta pregunta será su condenacion ó su elogio; poco importa el desenlace de los acontecimientos. Solamente Dios sabe por qué consiente la contradiccion en el cumplimiento de sus voluntades: ¡á él sólo toca pronunciar la sentencia definitiva!

Parécenos que la lucha sostenida por Demóstenes debe apreciarse segun estas consideraciones. Su vida entera fué un largo combate contra el creciente ascendiente de la Macedonia, y sin embargo, hoy reconocemos que Filipo y Alejandro estaban llamados por la Providencia á difundir la civilizacion griega por el mundo y á preparar la unidad del género humano. Puede, pues, decirse con un filósofo frances, que Demóstenes ha luchado contra el porvenir por un estado de cosas condenado sin apelacion (1). Pero no por esto condenarémos al gran orador.

(1) COUSIN, *Curso de Filosofía*, 1828, leccion X: «Demóstenes representa el pasado de la Grecia, el espíritu de las pequeñas ciudades y de las pequeñas repúblicas, una democracia gastada y corrompida, un pasado que no podia ya ser y que en efecto no existia.»—El filósofo ha renovado los ataques de MABLY, el cual, aun haciendo justicia á Demóstenes como orador, censura duramente su política (*Observaciones sobre la historia de la Grecia*, libro III).

En la situación en que Grecia se encontraba, había colisión entre dos intereses, la libertad interior de las repúblicas y su influencia en el extranjero. La libertad era el culto de las ciudades griegas, ¿y quién se atreverá á negar su simpatía á los nobles esfuerzos hechos en su defensa? En cuanto á su influencia en el extranjero, era una cosa secundaria para los Helenos. ¿Qué les importaba el conquistar el Asia? ¿No eran libres en su patria? ¿Qué les importaba la unidad de la Grecia, cuando esta unidad no era más que un instrumento de dominación para los reyes de Macedonia? ¿Podían pensar en el papel providencial de un príncipe que era la encarnación de la astucia, y que trataba de aniquilar las fuerzas que les quedaban á los Griegos por medio de la corrupción y de la violencia? La independencia ántes que todo; tal debía ser el grito de todo verdadero patriota. Estos son los sentimientos que inspiraron á Demóstenes (1) y que expone en su célebre discurso sobre la *Corona*. Después de haber recordado los atentados de Filipo, exclama: «¿Era conveniente que se levantase un pueblo en la Grecia para contenerle? Si no era conveniente, si la Grecia debía llegar á ser, como se dice, una presa misia (2), mientras aún existían Atenienses, yo lo confieso, hemos hecho demasiado, yo por mis consejos, vosotros siguiéndolos; pero impútense todos los errores, todas las faltas. Por el contrario, si era conveniente una barrera ¿á qué otro pueblo que al de Atenas correspondía oponerla? En esto precisamente es en lo que yo trabajaba. Al ver á ese hombre esclavizar á todos los hombres, me hice su adversario, descubriendo siempre sus proyectos, enseñando siempre á los pueblos á no abandonarlo todo á Filipo» (3).

¿Qué principios dirigían á Demóstenes en aquella lucha, que no hubiera dudado en volver á comenzar aún con la experiencia de la derrota? La Grecia avanzaba á pasos agigantados á una próxima é inevitable decadencia. Una guerra de veintiocho años había

(1) NIEBUHR juzga á Demóstenes bajo este punto de vista; ha erigido un magnífico monumento al gran orador en sus *Lecciones sobre la historia antigua* (t. II, p. 336-341); por la grandeza moral le coloca por encima de Alejandro.

(2) Es decir, una posesión entregada al pillaje.

(3) DEMOSTH., *de Coron.*, § 71, 72, p. 248 y sig. (Traducción de STIEVENART. Paris, 1842).

destruido todas las ciudades. Una monstruosa desmoralización infectaba las relaciones individuales y sociales: «La política universal no era más que el arte de ser injusto impunemente» (1). El orador ateniense adquirió ideas bien diferentes en las enseñanzas de Platon (2); no dudó en llevar á la tribuna los principios sobre lo bello y lo justo que merecieron á su maestro el nombre de divino. «El filósofo Panecio dice, según *Plutarco*, que la mayor parte de los discursos de *Demóstenes* estaban fundados sobre esta máxima, que únicamente lo bello merece por sí mismo nuestra preferencia. Así en los discursos sobre la *Corona*, contra *Aristócrates*, sobre las *Inmidades*, en las *Filípicas* no indujo á sus conciudadanos á lo más dulce, á lo más fácil y á lo más útil; en mil pasajes les enseñó que lo que interesaba á la seguridad y á la salvación pública no debía ser atendido sino después de lo bello y de lo justo» (3). Citemos uno de esos pasajes que hacen de los discursos de Demóstenes como una aplicación de la filosofía platónica á la política. Se le objetaba que Filipo mantendría su dominación por la violencia: «Es un error, exclamó el orador, no se funda un poder duradero sobre la iniquidad, el perjurio, la mentira; estos medios podrán dar resultado alguna vez un momento; aún podrán con la ayuda de la fortuna dar grandes esperanzas para el porvenir; pero al fin se descubre el velo y caen por sí mismos. Así como en un edificio las partes inferiores deben ser las más sólidas, del mismo modo nuestras acciones deben tener por principio y por fundamento la justicia y la verdad. Ahora bien, hasta hoy ha faltado esta base á todas las empresas de Filipo» (4).

Estos preceptos de la filosofía de Platon inspiraron al orador en toda su vida pública. Los Atenienses tenían la fama de ser los tutores y conservadores de la libertad común de los Griegos. Demóstenes gustaba de recordar que «habían gastado en el inte-

(1) DEMOSTH., *Pro Rhodior. Lib.*, § 28, p. 199.

(2) PLUTARCH., *Demosth.*, 5.—C. SCHOLTEN, *Disquisitio de Demosthenex eloquentia charactere*, 1835. El autor, discípulo de VAN HEU DE, ha mostrado por medio de una comparación detallada entre la República de Platon y los discursos de Demóstenes, que el orador se ha inspirado, no solamente en las ideas del filósofo, sino también en su estilo.

(3) IBID., *Demosth.*, 13 (traducción de PIERRON).

(4) DEMOSTH., *Olynth.*, II, § 9, 10, p. 20 y sig.

res de la Grecia más hombres y más dinero que toda la Grecia por su propia causa» (1). Lisonjeaba la vanidad del pueblo, para excitar en él la noble ambición de grandes y bellas empresas. Tespies, Orchoménes, Platea estaban destruidas, testimonio vivo del espantoso derecho de guerra de los Griegos. El orador quiere que los Atenienses proclamen la necesidad de restablecer estas ciudades: « Prestemos nuestro concurso, dice, solicitemos el de los otros Helenos, porque es bello, es justo no sufrir que antiguas ciudades queden en ruinas » (2). Restaurar las ruinas de las ciudades antiguas, era inaugurar un nuevo derecho de gentes fundado sobre el derecho. Demóstenes coincide en esto con Isócrates; uno y otro aplican á la política la teoría de la justicia, que es lo que constituye la gloria de Sócrates y de su escuela.

Pero ¿pueden seguirse en la política todas las máximas de la moral individual? Ya en tiempos de Demóstenes había hombres que exclamaban: « ¡cada uno para sí! » El discípulo de Platon opone á los cálculos del interes la doctrina de una intervencion fundada en el dogma de la solidaridad humana. La oligarquía rodia, fuerte con el apoyo del rey de Persia, arrancó el poder á la democracia, y abusó de él para ejercer venganzas contra sus adversarios. Los oprimidos pidieron auxilio á Aténas. En el discurso *sobre la libertad de los Rodios*, establece Demóstenes el principio fundamental de la verdadera política: « Es justo, Atenienses, que siendo vosotros libres experimenteis por la desgracia de todo pueblo libre los mismos sentimientos que quisiérais inspirarles, si, lo que los dioses no permitan, su suerte fuese la vuestra » (3). Muchos siglos habían de pasar ántes que el cristianismo proclamase este dogma que es la base de la moral: « haz á los demas lo que quieras que hagan contigo. » La solidaridad humana ha llegado á ser, al ménos en teoría, un lugar comun. No sucede lo mismo con la aplicacion que Demóstenes hace de éste á las relaciones internacionales. ¡Cosa extraña! El gran orador invoca el principio de intervencion en interes de la libertad; hoy se considera el principio opuesto

1) DEMOSTH., *de Coron.*, § 66, p. 247.

(2) IBID., *pro Megalopolit.*, § 25, p. 208.

(3) IBID., *pro Rhodior. Lib.*, § 21, p. 196.

como una garantía de la independéncia de los pueblos. Esto prueba que las circunstancias dominan muchas veces á los principios. Si en nuestros dias se rechaza la intervencion, es porque se ha visto que la ejercian los reyes en provecho del absolutismo. La no intervencion es, pues, un arma de guerra para la libertad; no es una doctrina. La verdadera doctrina es la de Demóstenes; si la solidaridad es la ley de los individuos, ¿por qué no ha de regir tambien á las naciones?

Los Atenienses habían estado en otra ocasion á la cabeza de la Grecia. En tiempos de Demóstenes preferian un reposo humillante á los cambios y á las fatigas de la hegemonía. La supremacía que Aténas había ejercido, que Esparta y Tébas eran impotentes para mantener, estaba vacante; Filipo se apoderó de ella. El orador llamó á los Atenienses y á todos los Helenos á las armas contra el usurpador, en nombre de la patria griega y de la libertad general; la elocuencia acabó por triunfar sobre la apatía del pueblo. El bello decreto que había redactado contra Filipo fué aprobado: « Miéntras la república ateniense le ha visto apoderarse de ciudades bárbaras de su dependencia, ha juzgado ménos grave un ultraje que le ofendia á ella solamente; pero hoy que á su vista llena de ignominia á las ciudades griegas, destruye ciudades griegas, se creeria culpable é indigna de sus gloriosos antepasados, si dejase esclavizar á los Helenos. En consecuencia, el consejo y el pueblo de Aténas decretan: despues de haber hecho oraciones y sacrificios á los dioses y á los héroes protectores de Aténas, con el corazon lleno de la virtud de nuestros padres, que daban mayor valor á la defensa de la libertad griega que á la de su propia patria, lanzarémós al mar doscientas naves (1), etc. »

Ningun orador habló jamas un lenguaje más noble, ni expuso más elevados sentimientos, y sin embargo, se engañaba. En la exaltacion de su patriotismo, Demóstenes olvida los Persas, olvida á Maraton, Salamina y Platea. Para él Filipo es peor que un Bárbaro. Sabe « que los Helenos han sufrido bajo la dominacion de Esparta y de Aténas, pero al ménos sus injustos señores eran verdaderos hijos de la Grecia..... Filipo no es Griego, no le une

(1) DEMOSTH., *de Coron.*, § 183 y sig., p. 289 y sig.

ningun lazo con los Griegos. Filipo no es ni aún un Bárbaro de origen ilustre, ¡miserable macedonio nacido en un país en donde jamas se pudo comprar un buen esclavo!» (1). El orador teme más á los Bárbaros del Norte que á los del Asia; quisiera aún armar al rey de los Persas contra Filipo; para arrastrarle á ello, no teme decirle: «Filipo os será más terrible despues que haya caído sobre nosotros, porque, si por falta de recursos llegamos á sufrir un reves, marchará sin obstáculo contra el Asia» (2). El rey de Macedonia se lamentó de que los Atenienses, en el exceso de su animosidad, negociasen una liga ofensiva con los Bárbaros: «Vuestros padres, exclamó, recriminaban á los Pisistratidas el levantar la Persia contra la Grecia, y vosotros no os avergonzais de hacer lo que censurais siempre á vuestros tiranos» (3).

Bajo el punto de vista de la libertad griega, la política de Demóstenes está al abrigo de toda crítica. La Persia estaba en plena decadencia; los Griegos no tenían nada que temer del Gran Rey, mientras que tenían que temerlo todo de Filipo. Demóstenes no podia pensar en una guerra nacional contra los Persas, porque la Grecia tenía el mayor interes en la conservacion del imperio persa, para que sirviese de contrapeso al poder creciente de la Macedonia (4). Pero Filipo tenía razon bajo el punto de vista de la humanidad: los Bárbaros, á quienes era preciso combatir, eran los que habian cubierto á la Grecia de ruinas, y no el rey de Macedonia. Demóstenes, con la inmensa mayoría de los Griegos, no veia más que el mal presente, porque la dominacion macedónica debia destruir la libertad de las ciudades helénicas al mismo tiempo que les imponia la unidad y la paz. El adversario de Filipo no se apercebía de que esta independencia habia degenerado en anarquía salvaje, que esta dominacion era el único medio de dar alguna fuerza á la Grecia. No sabia y no podia saber que la caída de su patria estaba en los decretos de la Providencia. La Grecia, incapaz de realizar la unidad necesaria para preparar el adveni-

(1) *Philipp.*, III, 30 y sig., p. 118 y sig.

(2) *Ibid.*, IV, § 32, 33, p. 140.

(3) *Litter. Phil.*, § 7, p. 160.

(4) DEMOSTH., *Philipp.*, IV, § 32 y sig., p. 140.—Compárese NIEBUHR, *Vorträge über alte Geschichte*, t. II, p. 396 y sig.

miento del cristianismo, debia ceder el paso primero á Alejandro y despues á Roma.

¿Es esto decir que el genio de Demóstenes haya sido estéril para los grandes intereses de la humanidad? En una época de decadencia moral ha sostenido que la política tenía por base la justicia, la caridad, la solidaridad; en medio de la corrupcion general que precedia á la servidumbre ha sido el defensor ardiente, incorruptible de la libertad. Los hombres oirán siempre con admiracion la voz elocuente que llama á los pueblos oprimidos á la independencia. Dirémos más. Si hubiésemos sido contemporáneos de Demóstenes, hubiéramos seguido la bandera del orador, aún con la conviccion de que era inútil toda resistencia. La sangre vertida por la libertad jamas se derrama en vano. En primer lugar es el cumplimiento de un deber, y por lo tanto no debe mirarse á la utilidad. El deber no se calcula, la conciencia lo impone y el hombre obedece. ¿Qué importa que la libertad no se aproveche por el momento de este sacrificio? La posteridad lo utilizará. Mientras haya naciones libres, Demóstenes será su ídolo. Pero que saquen tambien una leccion saludable de su destino. La elocuencia del gran orador fué inútil: no contuvo ni las invasiones de la Macedonia ni la decadencia de las ciudades griegas. Era demasiado tarde. Esta terrible frase deberia tenerse siempre presente por los individuos y por los pueblos, á fin de que prevengan con tiempo las faltas que conducen á un mal irreparable.

§ III. — Cineas.

Dícese que Demóstenes tuvo por discípulo á un Tesalio, llamado Cineas. Fué el único de los oradores de su tiempo, que presentaba como una imágen de la vehemencia y de la vivacidad de su modelo (1). El testimonio de *Plutarco* es todo lo que nos queda de la elocuencia de Cineas; si ha alcanzado alguna celebridad, más bien que como orador ha sido como amigo y consejero del Pirro. El

(1) PLUTARCH., *Pyrrh.*, c. 14.

rey de Epiro decía que había adquirido más ciudades por los discursos de su embajador que por las armas. Conquistador pacífico, Cineas ha hecho, sin embargo, la sátira más ingeniosa de la ambición de las conquistas; un escritor de un prodigioso ingenio la ha reproducido, prestándole con su inimitable lenguaje nuevo atractivo (1); un célebre poeta la ha puesto en bellísimos versos (2). Bien merece un lugar en un trabajo que tiene por objeto el mostrar cómo el espíritu de conquista que dominaba en las antiguas edades va debilitándose para dar lugar en el porvenir al desenvolvimiento pacífico de las facultades humanas. Dejemos hablar á *Plutarco*:

«Se dice, Pirro, que los Romanos son muy buenos guerreros y que dominan á varias naciones valientes. Si los dioses nos conceden que los vencamos, ¿qué uso harémos de la victoria?»—«Cineas, respondió Pirro, la cosa es evidente; una vez vencidos los Romanos, no habrá ni una sola ciudad bárbara ó griega capaz de resistirnos; bien pronto tendremos toda la Italia, cuya extension, valor y poder debes conocer mejor que ninguno.» Después de un momento de silencio, Cineas volvió á decir: «Y una vez dueños de la Italia, rey, ¿qué harémos?»—Pirro no veía todavía adónde iba á parar: «La Sicilia, dijo, está próxima, y nos tiende los brazos; es una isla rica y populosa, y de fácil conquista....»—«Es mas que probable, replicó Cineas; la conquista de Sicilia, ¿no será el término de nuestra expedicion?»—«¡Que los dioses, replicó Pirro, nos concedan victoria y buen éxito! No habrémos hecho más que preluar mayores cosas. ¿Cómo no hacer una expedicion á la Libia y á Cartago teniéndolas tan á la mano, que Agatócles, saliendo secretamente de Siracusa y atrevesando el mar con un escaso número de navíos, estuvo á punto de conquistarlas? Y cuando seamos dueños de todas estas comarcas, ¿habrá ni uno solo de todos los enemigos que ahora nos insultan que se atreva á resistirnos?»—«No, sin duda, dijo Cineas; es evidente que con tales fuerzas nos será fácil reconquistar la Macedonia y afianzar nuestra dominacion sobre la Grecia. Pero cuando todo esté some-

(1) RABELAIS, libro I, cap. 33.

(2) BOILEAU, *Epístola al Rey*, I.

tido, ¿qué harémos?»—Y Pirro, sonriendo, dijo: «Entónces, mi querido amigo, gozarémos de la vida á nuestro sabor; pasaremos el dia en banquetes y en conversaciones agradables.»—Cineas le interrumpió diciéndole: «¡Pues bien! ¿quién nos impide celebrar los banquetes y pasar el tiempo charlando si queremos, puesto que tenemos ahora y sin más trabajos lo que habríamos de conseguir á costa de mucha sangre, de fatigas y de peligros, y de muchos males que habíamos de causar á los demas y de sufrir nosotros mismos?» (1).

Uno de los mayores pensadores de los tiempos modernos ha hecho la crítica de esta sátira. Pascal dice que Cineas daba á Pirro un consejo que no era más razonable que el designio de este jóven ambicioso: «Uno y otro suponian que el hombre puede estar satisfecho de sí mismo y de sus bienes presentes sin llenar el vacío de su corazon con esperanzas imaginarias, lo cual es falso. Pirro no podía ser feliz ni ántes ni despues de haber conquistado el mundo; tal vez la vida tranquila que le aconsejaba su ministro era todavía ménos á propósito para satisfacerle que la agitacion de tantas guerras y de tantos viajes como meditaba» (2). La crítica de Pascal recae sobre el principio moral del orador griego, y no sobre su sátira de la guerra. Es indudable que el hombre jamas se contentará con sus bienes presentes, porque tiene en sí facultades infinitas que exceden de los límites del mundo actual. Pero ¿es decir por esto que la humanidad esté condenada á alimentarse con proyectos imaginarios, y que en caso de necesidad, para entretener sus ocios, un hombre ó un pueblo puedan entregarse legítimamente á la ambicion de las conquistas? No es seguramente esta la idea del filósofo frances. Tal vez hubiera debido preguntarse quién ha inspirado á los hombres la sed inextinguible de felicidad que los atormenta y que nunca pueden satisfacer. Hay ciertamente una inclinacion natural; pero la religion, en lugar de moderarla y rectificarla, ¿no la ha exagerado y falseado? Sin salir de la tradicion cristiana, ¿no presenta la Ley Antigua á los hombres la felicidad temporal como el fin de sus esfuerzos, más aún, como

(1) PLUTARCH., *Pyrrh.*, 14 (traduccion de PIERRON).

(2) PASCAL, *Pensamientos*, 1.^a parte, art. 7, núm. 1.

una recompensa divina? En cuanto á la Nueva Ley, su tendencia es la misma, sólo que traslada la felicidad al otro mundo; pero, el fin sigue siendo el mismo, porque la salvacion es la felicidad. Cuando las religiones que hablan en nombre de Dios hacen concebir á los hombres una felicidad imaginaria como fin de su destino, ¿podemos extrañar que éstos corran en pos de quimeras? No hay doctrina más falsa ni más funesta, porque convierte la virtud y la moral en un cálculo. El fin del hombre no es la felicidad, sino el desarrollo de nuestras facultades. La luz del progreso preside á este desarrollo. En la antigüedad la guerra ha sido un instrumento de perfeccionamiento. Hoy ya no es legítima más que como último recurso del derecho violado. Tal es la respuesta que la humanidad moderna da á Pascal y á Cineas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

	Páginas.
INTRODUCCION.	
§ I. El genio de la raza helénica.	5
§ II. La Grecia y el Oriente.	8
§ III. Progreso de la Grecia sobre el Oriente.	12
§ IV. Vicios de la sociedad helénica.	16
N.º 1. La esclavitud.	17
N.º 2. La ciudad y los hombres libres.	18
N.º 3. Relaciones de las ciudades entre sí.—	
Falta de unidad.	21
I.	Id.
II.	23
§ V. Por qué la Grecia no formó una nacion. — Su mision.	25
§ VI. Por qué la Grecia hace lugar á Roma.	29
LIBRO PRIMERO.	
LA EDAD HERÓICA.	
§ I. La edad heróica es la del derecho del más fuerte.	31
§ II. Lucha contra la violencia.	36
§ III. Piratería.—Guerra.—Crueldad de las costumbres heróicas.	38
§ IV. La religion, primer principio de humanidad.	42
§ V. Tendencias pacíficas de la edad heróica.	48